

MANUEL SANTAYANA¹

La tumba de Luis Cernuda
(México, Panteón Jardín, 2002)

A Paloma Altolaquirre, con gratitud

Entre oscuros cipreses, altos troncos
y ramas, en la luz de la mañana
vestidas de una pátina gris, inmemorial,
llegamos, ascendiendo la colina
al estrecho sendero de mármoles que el mapa
señalaba. Aconsejado por mi guía,
solicité la ayuda de un hombre taciturno
[que lavaba las losas,
dejándole en la húmeda palma cobriza
[unas monedas.

Repetía en voz alta los números precisos cuando oí
cerca una voz: “¿Cernuda? Dos tumbas más allá”.
Y en un momento estaba ante la losa

¹ ANLE, RAE y ASALE. Ha publicado los libros de poesía *La tarde tiene prisa* (2017) de donde proviene esta selección, *Las palabras y las sombras* (1992) y *De la luz sitiada* (1980). Entre sus traducciones se destacan *Rimas* del toscano de Michelangelo Buonarroti (2012), *Orfeo* de Jules Supervielle (2013), *Las flores del mal* de Charles Baudelaire (2014), *Pronunciamentos: Antología de poetas de lengua inglesa* (2015). Sus amplias notas y ensayos en materia erudita han aparecido en distintos medios internacionales.

ancha y desnuda. Sin ornato, bajo el nombre
[y apellidos,
en caracteres breves, como incisiones en el mármol
vertical, las ciudades que fueron para él
cuna, hogar y sepulcro. Entre aquellas dos fechas,
cuánto gozo y dolor, cuánto destierro, cuántas
palabras reflejando sombra viva, alumbrando
esa “perpetuidad” que, más pequeña,
agradece, atestigua su paso valiente y solitario
[por tierra.

Junto a la flor morada
que alguien colocó sobre su tumba sola
quise también dejar como tributo un ramo nuevo.
Nos allegó el obrero un vaso grande y tosco
tras enjuagar el mármol con prisa diligente.
Solícito, mi guía desató el nudo estrecho
que apretaba los tallos, para adornar el vaso,
y me invitó a decir una oración por aquel hombre
de quien todo ignoraba.

Cuando iba a comenzar, en el silencio
que ahondaba la quietud perfecta de los árboles,
rompió a cantar un pájaro escondido
entre las ramas altas, y su canto
resonó fuerte y puro sobre nuestras cabezas
y enmudeció. Rezamos.

De regreso,
me dijo el joven guía que, al desatar las flores
y hundirlas en el agua del vaso había sentido,
cercana, una presencia:
un soplo de alegría misteriosa.

Al alejarnos, era mediodía.

La sonrisa de Lydia Cabrera

Era un comentario delicado e irónico a un exilio
[de advenedizos.
Era el perfecto complemento de aquella voz recia
[y *veloutée* de
contralto, con sus erres francesas de
[amiga de Bastide y Francis de
Miomandre.

Era la gratitud a la Magia y su espejo iluminado.

Era una bienvenida, como la espuma
[del mar de su Isla, y brilla detrás
de sus historias como el sol que transparente
[la hoja del ébano real.

Ella anunciaba a la amiga del brujo,
[a la etnóloga formidable, a la
escritora exacta que nos hablaba de una joven negra,
[que le daba a la luna las buenas
noches antes de ir a la cama.

Ella pudo ser el comienzo del fervor de Gabriela
[y, antes, de Federico
(que en Madrid dedicara a ella y a “su negrita”
[*La casada infiel*, y no a la otra Lydia
orsiana y catalana).

Era el recuerdo de aquel danzón bailado con
[Eugenio Florit, en la
fotografía de la sala de su pequeño apartamento
[de exilada en Valencia, Coral
Gables, y de los muy excéntricos Loynaz en La
[Habana perdida de sus insomnios.

Era un rayo del sol de Cuba y del *esprit* de Francia

Era el orgullo de ser la hija de Don Raimundo,
[prócer y crítico de la
patria nueva, y de haber descubierto en el arte
[africano, con Picasso y Frobenius, en
París, el rostro negro de esa patria mestiza.

Para este visitante que gozó de su saber
[y de su gracia, *es*,
sencillamente, la sonrisa de Lydia.

Tanta es su claridad que aún resplandece
[en el recuerdo.

